

pos no lo estaba. Sin embargo, me dijo que justo en el momento en que el ave descendía, un gran número de “chaneques” le dispararon flechas para ahuyentarla. El águila molesta arrancó con su pico la parte superior del cerro y

la lanzó al otro lado, alejándose rápidamente del lugar, incluso hoy se pueden ver fragmentos rocosos alrededor.

Quizás, se podría pensar que los “chaneques” representan a las fuerzas nocturnas y telúricas que

se oponen al águila solar. Quizás para alguien de Tixtla es así o quizás no lo sea. Aunque, ¿no se parece lo que me contó el maestro al relato del incompleto *tlachihualtepetl*?

## Viva Tepito

### Mario Barbosa

Ernesto Aréchiga Córdoba, *Tepito: del antiguo barrio de indios al arrabal. 1868-1929, historia de una urbanización inacabada*, México, Ediciones Uníos, 2003.

**M**encionar la palabra Tepito genera inmediatamente una imagen. Romper esta imagen estereotipada a partir de una acuciosa investigación documental es quizás uno de los principales propósitos de este libro de Ernesto Aréchiga Córdoba. En adelante, se presentan los temas centrales del libro y se subrayan los aportes más relevantes de la investigación en el campo de la historiografía social y urbana.

El autor, en primer lugar, hace una ubicación espacial de Tepito. Un buen inicio para situar al lector contemporáneo en un espacio que se denomina genéricamente como tal, pero que actualmente está compuesto por unas cuantas colonias, varias de ellas herederas de nombres de pueblos de indios y de una mezcla de voces indígenas y españolas. En este preám-

bulo y antes de entrar en materia, el autor aborda la historia de barrios dentro de la historiografía urbana mexicana, francesa y estadounidense de las últimas décadas; en este recorrido, ubica su historia en la búsqueda de las particularidades de Tepito en medio de procesos generales de modernización de la ciudad que los habitantes no vieron reflejados en las calles ni en las habitaciones donde vivían, socializaban y rebuscaban su sustento.

De aquí en adelante, el autor teje la urdimbre de su historia a partir de 1868, fecha que ubica como el final de la época del barrio de indios como corporación y del inicio de una nueva, una época en la que crece la población, se integra a la vieja traza de la ciudad y comienza a formarse una imagen, una leyenda negra hacia el exterior pero también una leyenda heroica y de orgullo de pertenencia a su espacio vital, a su “barrio bravo”. Aréchiga presenta los rasgos espaciales de la zona y caracteriza la relación entre los antiguos pueblos y los barrios como base para señalar que Tepito se configuró más

por la identidad de sus habitantes que por una orden externa o por los cambios en las jurisdicciones civiles o eclesiásticas.

Como parte de la caracterización de la urbanización en Tepito, aborda los fraccionamientos del sitio y aporta reflexiones importantes para investigaciones posteriores en un periodo en que comienza el crecimiento espacial y poblacional de la Ciudad de México. Considero como un aporte de este libro, la propuesta de hacer más compleja la mirada sobre los fraccionamientos y de mostrar que el crecimiento de la mancha urbana no sólo tuvo como protagonistas a los grandes capitales, a los intermediarios mexicanos (conocidos como “portafolieros”) y a las autoridades municipales, distritales y federales. El autor observa que el proceso de urbanización fue diferente en otras zonas de la ciudad y subraya que es necesario observar las particularidades de los pequeños fraccionamientos y no generalizar el modelo propuesto por otros investigadores. En estas páginas estudia, por ejemplo, las particularidades de la colonia

Violante, un fraccionamiento que sólo cubrió cuatro manzanas y ocho nuevas calles y fue impulsado por un sacerdote de forma independiente. El caso de la colonia de La Bolsa también es una excepción pues se urbaniza sin autorización oficial y, por lo tanto, las autoridades no la consideran para extender los servicios públicos.

Otro de los aciertos de este apartado es mostrar las diferentes formas de aplicación práctica del reglamento de 1875 para la formación de nuevas colonias, así como las dificultades que enfrentaron las colonias populares por las indefiniciones en la responsabilidad de la demarcación de los espacios comunes (la propiedad de las calles o la donación al municipio de un lote del fraccionamiento para la construcción de un mercado), así como en la provisión de servicios públicos de pavimentación, alumbrado, de saneamiento y de recolección de basura. Tanto las autoridades municipales como los fraccionadores postergaron estos asuntos y generaron graves problemas de salubridad que se agudizaron con el aumento del número de habitantes.

Creo que en este ámbito, el estudio de Aréchiga marca un importante precedente en el estudio de las particularidades de la urbanización en la zona de la Ciudad de México. Como bien lo señala Aréchiga, “parece necesario extender el análisis a los casos particulares para deslindar claramente cómo se desarrollaron las diferentes colonias y fraccionamientos de la ciudad. Solo así será posible una nueva síntesis que dé cuenta de la general del proceso, distinguiendo la diversidad de sus contenidos particulares” (p. 136). Además, una profundización sobre estos asuntos para el caso de otras

zonas de la ciudad y del Distrito Federal será de gran utilidad para caracterizar la pobreza material de los asentamientos populares y las interrelaciones establecidas entre sus habitantes, los funcionarios públicos y el gobierno de la ciudad.

Después de la caracterización del proceso de urbanización en el periodo de estudio, el autor subraya los problemas de salubridad agudizados en la época por la ausencia de servicios públicos, por el aumento de población y por problemas derivados de la situación política que vivía el país que paralizó las obras de extensión de servicios urbanos por unos cuantos años.

Antes de concluir, el autor señala algunas razones que han alimentado la “leyenda negra” de Tepito. De un lado, se concentra en ubicar las causas del traslado del baratillo a la plazuela de Tepito y las consecuencias de combinar la marginalidad propia del barrio con la estigmatización de la venta de artículos usados. A la sinonimia de la época entre insalubridad e inmoralidad se agregó, entonces, un nuevo ingrediente: la identificación del baratillo con el robo y la “tranza”. De otro lado, el autor echa mano de cuatro obras literarias para mostrar la imagen de los contemporáneos de Tepito como la antítesis de la modernización y la civilización, dos valores esgrimidos por unas elites orgullosas de manifestar y difundir el cosmopolitismo de la “Ciudad de los Palacios” desde las décadas finales del siglo XIX.

Si bien el autor concentra su historia en 60 años y en un momento de recuperación demográfica del área norte de la ciudad en las décadas finales del siglo XIX y las primeras del XX, el libro permite ubicar a los barrios que con-

forman nuestra imagen de Tepito en una historia de más larga duración, desde los tiempos en que una parte de la zona estaba enclavada en una pequeña isla en medio de los lagos en tiempos prehispánicos. Con modestia, el autor ubica su historia en estas seis décadas pero su mirada va más allá y ese es otro de sus principales aciertos. La capacidad de moverse en una historia de más largo aliento le permite ubicar problemáticas derivadas de la inclusión de la zona en la traza urbana y de la marginalidad que vivieron sus habitantes durante décadas. Sabemos entonces que no son nuevos los problemas de circulación ni de contaminación del medio ambiente por las tolvaneras, el estancamiento de los canales y el azolvamiento de las atarjeas. También, tenemos la certeza de los conflictos derivados por la falta de atención del gobierno virreinal y por la concentración de población pobre a sólo unos cuantos metros del centro de la capital mexicana. Y sabemos también que la identidad del Tepito del siglo XX y del siglo XXI comenzó a construirse desde 1868 en un proceso lento de consolidación como sector independiente, luego de la desaparición de los barrios de indios como corporaciones. Al recorrer las páginas de este libro, conocemos un poco más de las estrecheces de la vida material y damos mayor contenido a adjetivos estereotipados que se han utilizado para definir esta zona, tales como “pobre”, “sucio”, “incivilizado”, “inseguro” o “peligroso”. La historiografía urbana de la Ciudad de México y de Latinoamérica necesita de miradas como ésta que ayuden a entender procesos sociales contemporáneos de marginación en las ciudades.

Ante la dificultad que constituye la búsqueda de testimonios direc-

tos de la voz de los habitantes de la zona, Aréchiga allega la información sobre el tema tanto de fuentes oficiales de los archivos locales como de fuentes literarias. El autor subraya que tanto unas como otras, así sean las reclamaciones de los vecinos, permiten confirmar esta leyenda negra. Sin embargo, en su propósito de hacer más compleja la mirada sobre Tepito, Aréchiga llama la atención sobre las limitaciones de unas y otras fuentes, barreras reiteradamente mencionadas para la investigación de la historia urbana y el estudio de los actores sociales que vivían en zonas marginadas de ciudades en rápido crecimiento espacial y poblacional. Coincido con Aréchiga en que las fuentes halladas en archivos oficiales tienen como limitante la motivación que las produce: los problemas generados. Por esta razón, no permiten ver más allá. No posibilitan una observación de la vida cotidiana ni de la otra cara de la moneda: la historia de la lucha diaria de sus habitantes por sobrevivir en medio

de condiciones adversas. Por su parte, la literatura muestra la imagen de los sectores letrados que, como los inspectores y los funcionarios administrativos, señalaban las prácticas de los sectores populares como la principal característica de la permanencia de problemas de salubridad, eludiendo en la mayor parte de los casos la responsabilidad de las autoridades. Además, la literatura de estos años todavía es una heredera fiel del romanticismo del siglo XIX y, por lo tanto, sigue deleitándose con la descripción de las “miserias humanas”.

Vale la pena destacar que la reconstrucción del proceso de urbanización de Tepito realizada por Aréchiga, se nutre del conocimiento del autor de la zona y de sus pobladores y de su ánimo de distanciarse de la “leyenda negra” sin caer tampoco en una idealización de la vida barrial. En la escritura de su libro, Aréchiga se da el gusto de “flanear” por Tepito a pesar de las dificultades de poner en práctica este acto estético en

las abarrotadas calles de Tepito, como lo dice el autor en las primeras páginas del libro. Digo “flanear” porque disfruta, tanto como disfrutamos los lectores, con el recorrido de las calles, mientras que paralelamente presenta problemas centrales para la historiografía urbana contemporánea.

Muchos esperamos leer pronto esa otra parte de esta historia que ha prometido Aréchiga y que cubrirá el proceso de urbanización desde 1930, un periodo que le permitirá enriquecer la revisión de fuentes documentales y la reflexión sobre las condiciones materiales del espacio urbano de Tepito, con las vivencias de sus pobladores que el autor ha conocido por cuenta propia. Dicha historia contemporánea de la zona podrá continuar enriqueciendo el conocimiento de la vida en Tepito, más allá de la leyenda negra. Seguramente, esta segunda parte —como el libro que hoy reseñamos— tendrá esa dosis de respeto, seriedad y sensatez de Aréchiga, valores necesarios para

## La atmósfera cenetista

Margarita Carbó

Anna Monjo, *Militants. Democràcia i participació a la CNT als anys trenta*, Josep Fontana (pról.), Barcelona, Laertes. 2003.

**E**n el marco del renovado interés de los historiadores por los

temas relativos, cercanos o vinculados al anarquismo, el libro de Anna Monjo, aparecido en octubre de 2003, es sin duda una valiosa aportación. Sus fuentes bibliográficas y hemerográficas son muy amplias, pero lo que constituye el cimiento en el que se sustenta el valor central de la investiga-

ción, es la impresionante cantidad de fuentes documentales a las que recurre. Son ellas las que hacen posible que la autora, a lo largo de ocho apretados capítulos, elabore una especie de radiografía minuciosa de la Confederación Nacional del Trabajo y de sus dinámicas de funcionamiento a lo largo de la